

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré vive Dios,
á ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y quien así no lo crea
¡buen arreglo, que me lea!



AÑO II | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre . . . 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador.

NÚM. 95

Pravia 22 de Noviembre 1903

Hablemos claro

Aún los más enemigos de hacerlo, aún los amigos de transacciones caritativas, de no dar á las cosas toda la trascendencia que tienen, de seguir trampeando como sea posible, van convenciéndose de que es necesario hablar y proceder con energía, deslindando campos, llamándose cada uno con el nombre que en justicia le cuadre: católicos, los que cumplen como tales, los que no se avergüenzan de proclamar cuando el caso lo requiere, sus creencias, los que no temen oponerse á la invasión del mal; y no católicos, los que combaten de una manera ó de otra nuestras doctrinas, los que, directa ó indirectamente, proceden como si no fueran católicos.

Yo participo de esa opinión: creo que ha llegado la hora de dar pruebas de energía, de convicciones, de que somos hombres, de que sabemos sostener lo que decimos que somos. Los enemigos declarados del cristianismo y de todo lo que huele á sobrenatural, han empezado una lucha terrible contra nosotros, y á banderas desplegadas, pronunciando horribles blasfemias, como auténticos bárbaros, prometiendo echar por tierra los altares, avanzan imponentes... En su consecuencia necesitamos los católicos recontarnos, animarnos, acudir denodadamente al combate, unidos, sin fantocherías, pero sin miedo, diciendo en alta voz que somos los soldados de Cristo, los defensores de la civilización y de la libertad.

Por lo tanto, en estos momentos, es criminal la inacción, es criminal la lucha fratricida, es criminal el querer contemporizar con el enemigo común. Bien sé yo que al pedir trabajo, unión,

desinterés, encuentro la oposición de muchos que quieren ser buenos católicos entregados al dulce no hacer nada, ó luchando en riñas con sus hermanos, ó en fin, encendiendo algunas velas al diablo. Pero repito que en mi opinión llegó el caso de decir las cosas claras, de abandonar una prudencia que en las presentes circunstancias fuera suicida.

No tenemos en Asturias, gracias á Dios, verdadera lucha entre católicos: pero en cambio ¿quién puede negar que son muchos, muchísimos los que no hacen nada por oponerse al empuje de la Revolución, y no menos los que con los corifeos de ésta viven en nefando contubernio? A todos esos católicos *sui generis*, pero no del género delineado por Cristo, es á quienes se necesita hoy hablar claro para que en adelante muden de conducta, ó se declaren francamente adversarios de la que hoy llaman su religión acaso porque el hacerlo viste bien y no les cuesta ningún trabajo.

Sí, en Asturias hay millares de católicos, que son prácticamente piadosos, pero que de ahí no pasan, que no hacen nada más que procurar su propia salvación. Y eso no basta hoy, como bastaba cuando nuestra divina religión tenía aquí tantos adoradores como eran los hijos de Covadonga. Hoy el buen católico debe ser apóstol, debe de mostrar que no de puro nombre es soldado de Cristo, que no en vano pertenece á la Iglesia *militante*. Duerme tranquilo quien está seguro, pero no quien se ve rodeado de enemigos dispuestos al asalto.

¿Que cómo pueden esos católicos cumplir con sus deberes? Miren al pueblo que los rodea, observen los movimientos que en él se descubren, y después pongan atento oído á lo que les dicta la conciencia y obren según lo que escuchen á ese misterioso centinela que llevamos dentro de nosotros mismos. No, no hay necesidad de trazar caminos, de señalar armas, de indicar medios de

combate: basta conocer cómo se van poniendo las cosas y no ahogar los gritos alarmantes de la conciencia. Y quien después de mirar al mundo y de recogerse en su interior salga con que nada se le ocurre, me permitirá que le diga una cosa con mucha claridad: que es tonto ó que no dice lo que siente.

Y si indicar esas cosas fuera preciso, no sería fácil, pues en unos pueblos se necesita un apostolado y en otros, diferente. Lo que sí se puede decir que es necesario en todas partes, en las ciudades y en las villas, en las aldeas y hasta en los mismos caseríos, en unas partes para vencer el mal ya triunfante, en otras para impedir que triunfe y en las demás para precaverse contra sus luchas, es lo siguiente: hay que vulgarizar la prensa católica, hay que hacer cuanto se pueda por los obreros, por todos los obreros, por los del campo y por los de la mina, por los del taller y por los de la fábrica, hay que ir á las elecciones, á todas las elecciones, á las de concejales y á las de diputados, sean á Cortes sean provinciales, y hay además que animar al pueblo para que nos imite.

Hombres que se llaman católicos han votado en cierto ayuntamiento asturiano una subvención para una escuela laica; hombres que se llaman católicos apoyaron en algunas villas y aldeas asturianas á los republicanos; y hombres que se llaman católicos tienen en su casa y dejan que sus hijos lean *El Progreso de Asturias* y otros periódicos de la misma ralea; y hombres que se llaman católicos han visto impasibles la pasada lucha entre católicos y demagogos.

Esa situación no puede continuar si es que no queremos caer de bruces en la barbarie. EL ZURRIAGO SOCIAL da á esos católicos todos la voz de alerta por mi conducto, y yo me propongo desarrollar los puntos indicados para hacer lo posible por que cada cual ocupe en la presente lucha el lu-

gar que le corresponde. Los que con estas cosas que pienso decir se sientan molestados, antes de condenarme pregunten á su propia conciencia quién tiene razón, si ellos ó yo, y después de escuchar la respuesta... ya verán cómo no tienen fuerzas para condenarme...

X. Y. Z.

FABULA TEMPESTUOSA

XXVI

A los obreros

Llegó una vez un zorro á un gallinero, según lei en un libro el otro día, y allí encontró, tomando el chocolate unas doce gallinas.

El hambre que llevaba era en verdad atroz y zorrificada, y como, según cuentan, no hay zorro sin malicia, para poder saciar sus apetitos, hablando á sus vecinas así charlaba el zorro de mi historia, según el libro dicho refería: —¡Hola! ¿qué tal? ¡muy bien! ¡mucho me alegro! pero ¿qué hacéis ahí tan recogidas? ¿por qué no vais á dar la vuelta al mundo para aprender un poco de doctrina? ¿aun no sabéis, señoras, que en estos tiempos de progreso y vida vosotras sois las amas de la tierra, y algo más todavía?

Hoy que la democracia donde quiera domina, ¿por qué vosotras que ponéis los comeros, que al hombre ingrato sirven de comida, no levantáis también una bandera de lucha socialista?

Sabiendo que sois fuertes, puesto que al fin y al cabo sois gallinas, ¿por qué motivo no fundáis un centro que vuestro honor defienda y vuestra dicha? ¿por qué no alzáis el grito protestando? ¿por qué motivo no pedís que al día en vez de un huevo entero medio y tan sólo medio se os exija?

Fundad un centro, pues; vuestro es el triunfo y basta ya de yugo y tiranía, que al fin y al cabo poseáis la fuerza, y el que la fuerza tiene, al fin domina.

Dejad el gallinero; alborotad la villa; declaraos en huelga, armad, si acaso, aquí la Martinica, y siendo yo quien guíe vuestra gente y quien las cajas del dinero rija, seréis, al cabo, gallas, y dejaréis al fin de ser gallinas.

Gustóles la oratoria, y —¡glú!— y más —¡glú!— clamaron decididas y obediendo al charlatán del zorro que ya bailaba casi de alegría, una de ellas, más tonta que el *rapa-in* que vende en la botica del genio *Pumarada*, saltó á la calle y empezó á dar ¡vivas!

Mas no duró por mucho su contento: el zorro tramoyista, echándole las uñas, hízola libre y poble y distinguida.

Los que buscáis el pan, con el trabajo, cuando escucháis la cómoda doctrina de algún Vigil en ciernes, que libertad predique y anarquía, tened presente el caso referido, y recordad entonces que, de oírlos, pudiera ser el leader el zorro, y vosotras, gallinas.

CICLÓN.

Cuentos sociales

V

DE AMBOS HOGARES

Era un contraste aquél maravilloso.

Arriba, en el primer piso, ellos, tan empingorotados y distinguidos, con sus bromas, con sus risas y sus cantos. Y abajo, en la portería, ellos, también, ó por mejor decir, los otros, humildes y oscurecidos, con una carga de privaciones y otra de necesidades, pero con bromas también y con cantos y con risas.

Porque, eso sí, lo que es la alegría en la casa no faltaba. Como que parecía que la tal señora, abandonándolo todo, había ido á establecerse allí, entre aquellas cuatro paredes, pero sin rebozos de ningún género ni cortapisas de etiqueta. Franca, como franca era la bondad de aquellos pobres.

Porque esa era además otra de las circunstancias, agravante ciertamente, que distinguía el hogar de abajo del hogar de arriba. En el primero llegaría á faltar trabajo, y por consecuencia, pan, eso sí; pero lo que es la fe, esa no faltaba nunca. Y este era el ingrediente más sabroso de todo lo que allí condimentaban, ingrediente tan notable y singular, que él era el que, después de regocijarlos en los tiempos de abundancia, conseguía que en los muchos de escasez el gozo prevaleciera y la risa continuara; él era el que en los apuros confortaba la miseria, y él quien doraba las píldoras en los casos peligrosos; él era finalmente, quien, tanto en tiempos de pena como en tiempos de alegría, en los labios de Tomás obligaba á retozar las canciones populares

Lo que me sucede á mí, parece cosa del diablo: llevo los bolsillos rotos, y nunca pierdo los cuartos.

Junto á la puerta de un sordo, estaba cantando un mudo; y un ciego, que pasó entonces, los miró con disimulo.

Y á todo esto aun no hemos dicho al lector quiénes eran ellos; es decir, los de arriba y los de abajo.

D. Armando Pérez, capitalista hasta dejarlo de sobra, opulento y pródigo, para con sus amigos se entiende, hasta no poder más, y viejo y calavera y descreído; Isabela López esposa del anterior, modernista hasta los tuétanos, y por lo tanto, aunque hembra, de las mismas ideas que su marido, no por convicción, sino por moda, bella, amiga de diversiones y joven; D. Pepito Pérez López, petulante de veinte años, hijo de los anteriores, de los mismos sentimientos que sus queridos papás, con más un quilo de cinismo y un quintal de desvergüenza, por ser eso también lo más chic de la vida progresista; y Rosita ídem é ídem, hermana del anterior, preciosa criatura de cinco años, ángel sin alas, todo inocencia y belleza; tales eran los ellos de arriba, los elegantes del primer piso, los aristócratas principales de la población aquella.

Tomás Ruiz, sin Don ninguno, desdichado carpintero, con unas manos muy torpes, pero con un alma grande y con una fe mayor; su esposa Lola Sánchez, mujer seria y recogida, hermosa como ella sola y buena como ella sola también, y Lulú Ruiz y Sánchez, hija de ambos, ángel semejante en todo al que guardaban arriba, pero más bello y más tierno: tales

eran los ellos de abajo, los porteros de la casa, la alegría de la calle y la flor de la clase pobre por su honradez y virtud.

Y ya que he tenido el honor de presentarlos, pondré un punto y proseguiré mi historia.

—Pero... y ¡colec! con el jaleo que arman esas criaturas, Lola. No parece sino que quieren darnos en cara ¡colec! ¡Si se nos va á caer el cielo raso! Y eso que se marchó D. Pepito para Madrid el otro día.

¡Si no hay quien comprenda á esta gente! ¡colec! Tanto gimoteo, tanta pena y tanto todo, y ¿para qué? Para dar hoy un baile que tiembla la casa toda; y ¿por qué? Porque el señorito se marchaba por otro año para acabar sus estudios.

Así va la vida ¡colec! Y ellos, arriba, tan campantes y tan guapos, dale que le das al cuerpo comilonas y paseos, y nosotros ¡colec! y nosotros, después de una vida perra, ni una migaja de pan para llevar á la boca. Como no fuera Lulú, ¡colec! yo creo que no me aguantaba. Subía arriba, y armaba un cataclismo; ¡colec!

Y que tenía razón para escandalizarse el bueno de Tomás Ruiz, era evidente. Hacía seis días que el señorito D. Pepe había dejado la casa. La que se armó á su partida no puede explicarse aquí. Como que la niña lloraba, y el señor se puso triste y la señora se desmayó. Y á pesar de todo, antes de transcurrir una semana, ya daban un nuevo baile, pero un baile fenomenal.

Y mientras ellos arriba se divertían, abajo aquellas pobres personas, sin un pedazo de pan para llevar á la boca, sufrían miserablemente, sin más esperanza que la que la fe brindaba. Porque en todo aquel día no había caído un mal choyu como decía el buen Tomás. E inútil era que pensase en impetrar el auxilio de los señores de arriba: varias veces lo había intentado ya, pero los quinientos mil de á caballo con que D. Armando le despidió, fueron causa suficiente para que el pobre hombre no pensara en repetir tal hazaña.

—Si uno no fuera cristiano, agregaba el bueno del carpintero en su triste soliloquio, era cosa de desesperarse por completo ¡colec! Unos todo y otros nada; y los que nada tan cerca de los otros, que yo no sé lo que es, pero algo ando por dentro que nos dice: mira y rabia. Y yo á veces rabio ¡colec! Y cuando más rabio y sufro, es cuando la mi nena pide pan y no lo tengo. Entonces...

Y para terminar su parrafada, sólo se le ocurrió exclamar al desdichado: —¡colec!

Y antes que su angelito le pidiera que comer, le llamó, le besó, y colocándole, sobre sus rodillas, cantó para adormecerle.

Más le valiera á tu madre.

En vez de alabarte tanto, hacerte lavar la cara y comprarte unos zapatos.

Ni por esas; el ruido de arriba, que cada vez aumentaba, contrarrestaba sus planes y estropeaba sus propósitos. Y la petición no se hizo esperar. La niña clavó en él sus hermosos ojos garzos, y con semblante de angustia, tendiendo una manecita, exclamó:

—Papa... ¡pan!

Tomás vió las estrellas. Aquella súplica hirióle en el corazón como dardo envenenado. Y recordó lo que se derrochaba arriba; y recordó la falta de caridad de D. Armando, y casi sintió odio hacia aquellos miserables, que con su lujo y orgullo pisoteaban su miseria. Y no sabiendo otra cosa que decir, besó el rostro de la niña y las lágrimas disimuladas que le empañaron los ojos, se escaparon, dolorosa y tristemente, para juntarse también á las lágrimas de la encantadora Lulú.

Su madre dijo á la niña que era aquél día de ayuno, y que reñían los ángeles al que se comiera algo. Y aquel ángel de la tierra se conformó con la supuesta orden de sus hermanos, é inclinando su cabeza en el regazo de Lola, se durmió, con las

lágrimas en los ojos...

Y por no verlas Tomás, abandonó el hogar, y salió á la calle murmurando tristemente:

—...¡Colec! ...¡Los ricos!...

La mano de la Providencia aprieta, pero no ahoga. Al día siguiente, muy de mañana, fué un contratista apurado á llamar al carpintero; por lo menos, trabajo para una semana, gracias á Dios, ya había parecido.

Los de arriba, después del regocijo de la noche anterior, parecían aterridos ó dormidos. En toda la casa no se oía una mosca. Alguna que otra vez sentía Dolores bajar á las criadas, para subir prontamente, pero personas de fuera, ni una. El señor, contra su costumbre, no había salido aún; y la señora otra que tal. Algo, y aún mucho, chocó á la portera semejante anomalía, y como al fin y al cabo, como mujer era curiosa, decidióse á preguntar á una muchacha el motivo de todo aquello.

La noticia la aterró. El barullo y el regocijo de la noche anterior habían causado á Rosita, delicada hasta el extremo, una grave enfermedad: tanto que, según el médico que al salir del baile la había visto, el peligro era inminente. Por eso los señores no se apartaban ni un instante de su lado.

La pobre portera abrazó á su hija y la besó. Tal vez pasó por su mente que ella también se le pudiera enfermar.

Fué el día aquel de verdadera angustia. La enfermedad progresaba lenta, pero continuamente; la sangre de la pobre criatura ardía; su respiración, cada vez más fatigosa, iba siendo también cada vez más débil, y aquellos hermosos ojos de ternura y de alegría, se apagaban, se apagaban, como estrellas que encubriera algún girón de la noche.

Cuando á la tarde volvió Tomás del trabajo, su primer pensamiento fué el cantar. Y á cantar se disponía, cuando Lola le contó lo que pasaba. Quedó también aterrado, y, obsesionado acaso de la manera misma que su esposa; cogió á su niña, y, apretándola contra el pecho, lu besó.

—Tito, ¿me quieres tú?—preguntó aquel ángel.

Y á contestar el Tito se disponía, cuando llegó el cartero con un telegrama. Recogióle la portera, y con él subió arriba, puesto que para los de arriba era. Tomás quedó abajo, con su nena idolatrada.

Fué un golpe de muerte. El telegrama decía:

—«Habiéndose ayer batido, por una cuestión de honor, su hijo Pepe, hállase hoy moribundo, sin esperanza de vida. El me ruega que les avise. Quiere verlos acaso por última vez.»

Y en aquel mismo momento una tos áspera y seca, arrancada de las entrañas, atormentaba á Rosita para entregarla á la muerte.

Lola no quiso ver más. Bajó corriendo á su hogar; iba trémula, aterrada; lloraba casi. Aun su esposo tenía á su nena entre los brazos. Acercóse á ella besóla amorosamente, y allí, junto á ellos, lloró.

Y Tomás lo comprendió todo con su llanto. Y por primera vez en su vida, él que tantas veces los había envidiado, que había visto su opulencia y había sentido su orgullo, murmuró:

—...¡Colec! ...¡¡Pobres!...

C. Cabal

¡Buena Salida!

No me digan ustedes, por Dios, que *El Bombo* no es famoso; es archifamoso. Y sus hombres un colmo de habilidad y de frescura.

¡Ya se ve! ¡Tienen tan cerca el río!

Lo malo está en que con ese agudo ingenio que Dios les dió me han puesto en un compromiso gordo.

Casi, casi, me dejaron por embustero.

Por supuesto sin nombrarme; porque *El Bombo*, á semejanza de *La Aurora* y de *El Progreso*, me temen todos como el demonio á la cruz, y ni por un descuido se les escapa citar el nombre de EL ZURRIAGO, al menos por cuenta propia.

Pero, en fin, ello es el caso que yo eché en cara á los Calzadas que con su proceder estaban haciendo el papel del Capitan Araña, metiendo á los demás en danza, sin luchar ellos en Navia, y no era cierto.

A la cabeza del número correspondiente al 8 del actual, precisamente del día mismo en que se verificaban las elecciones, publicaba la candidatura republicana por Navia y excitaba á la lucha á los electores de aquel concejo.

Y es natural; porque como decía muy bien *El Bombo*, y antes lo había dicho ya EL ZURRIAGO, aunque en otros términos: *sería vergonzoso que un pueblo de brillante abolengo liberal, que fué de los primeros en Asturias que entraron en la unión republicana, constituyendo una Junta compuesta de importantes elementos sociales, que fundó y viene sosteniendo un periódico republicano... vergonzoso sería, repetimos, incomprensible por todos conceptos, que ese pueblo se mantuviese retraído.*

Eso, ni más ni menos.

Tenía razón, como un santo *El Bombo*.

Esas líneas que quedan copiadas no las escribiría mejor, ni con más sana intención EL ZURRIAGO.

Pero vamos á ver: siendo eso así ¿por qué *El Bombo* no lo reconoció desde luego, y se lanzó a la lucha denodadamente?

Ya que después *entendiese* «que un acuerdo de tal importancia debió haberse tomado con más anticipación» ¿por qué no lo tomaste?

¿A quién culpas de la tardanza?

¿No ves, infeliz, que te echas la ceniza sobre los ojos?

¡Que te pierdes, Carlos!

Hace cuatro meses que no duermes ni descansas, soñando en la república.

De palabra y por escrito, en Navia y fuera de Navia, trabajaste lo que no es decible, para levantar el decaído espíritu de esos aldeanos en favor de la *niña*; pero todo fué inútil.

Anunciaste mítines en la Colrada, en Villaoril, en cien partes; y los tuviste que suspender por falta de auditorio.

En una palabra pudiste convencerte, y estabas convencido, de que en Navia la Junta republicana, si iba á la lucha electoral, era para hacer el papel de Juan Palomo.

Yo me lo guiso.

Yo me lo como.

Y por eso, y nada más que por eso, estuviste agazapado, sin decir

una palabra en tu *Bombo* de las elecciones de Navia, hasta que llegó el último momento, que fué cuando saliste con esa cataplasma de candidatura ridícula; y con esos lamentos, más ridículos todavía, de haberos acordado tarde...

¡Por vida de Reina! ¿A quién cuentas esas cosas, Carlitos?

¿No ves que son impropias de un hombre serio, y más aún de un abogado?

¿No ves que con el nombre y prestigio de esa Junta republicana, COMPUESTA DE IMPORTANTES ELEMENTOS SOCIALES?

Aunque eso de IMPORTANTES ELEMENTOS SOCIALES supongo no lo dirá el Director de *El Bombo* por él que es nada menos que el Presidente de la Junta republicana, porque se la da demasiada modestia, y yo creo que los Calzadas lo conocen a tan distinguida señora.

Si la conocieran, no hubieran fundado *El Bombo*, que les está costando frescos cuartos; y lo que es más triste, que nadie lee, como no sea para tomarle el pelo.

Tampoco hubieran tenido tупé para comprometer a un *bonus vir de campis*, como D. Carlos Peláez y Peláez, que así sirvió de cabeza de turco en las pasadas elecciones por fiarse de los importantes elementos sociales de Navia.

¡Pobre Peláez! Apoyado por todos esos importantes elementos obtuvo en buena lid DIEZ y SIETE VOTOS contra doscientos ochenta y siete...

Y no me venga luego Carlitos con la socialina de que han falseado el sufragio.

Porque si así sucede, lo revienta. Desde que se abrió el colegio hasta que terminó la elección allí estuvo como Notario para dar fe, y requerido por uno de la familia el propio don Rafael Fernández Calzada, padre del papá del *Bombo*, de nuestro sin par Carlitos, el presidente de los importantes elementos sociales de Navia, y sin embargo se verificó la elección sin la menor protesta, y con el resultado de 17 votos republicanos contra 287 monárquicos.

Y esto en Navia, en donde, viven, pero no reinan, los Calzadas.

En Aaleo, no tuvieron valor para presentar candidato; y en Vega, hicieron la *xamuesca* de presentarlo; pero Funcia olió la tostada, y se retiró, si no a tiempo, con menos daño.

El sacrificio fué el feliz Peláez, por novel y poco conocedor del percal. Todos le compadecen y confían en que escarmentará de ésta.

Y ahora díganme ustedes ¿no estaba acertado EL ZURRIAGO cuando decía que *El Bombo* no tenía en Navia una docena de suscriptores?

¡Cuando entre redactores, parientes y correligionarios no logró reunir más que 17 votos bien contados!...

Y aun anunciar muy rumbosos que cualquiera que sea el re-

sultado de la lucha MAYOR y MAS GLORIOSO será el triunfo...

Bueno, pues, que aproveche. Yo no envidio triunfos así; aunque vengan grabados en una lápida monumental que diga: IGUALDAD, JUSTICIA y FRATERNIDAD; porque me tendrían por loco cuantos transeuntes la leyeran.

NOREÑA

PARA TERMINAR

He concluido, conspicuos republicanos. He conseguido lo que me propuse, y no tengo por qué continuar.

Desde el primer número, en que hice referencia a los republicanos de Noreña, fué mi ideal el impedir la entrada de éstos en la casa del pueblo; hoy veo ya conseguidas mis aspiraciones, con agrado de toda persona que se interese por la paz y bienestar de nuestro pueblo, y os dejo descansar tranquilos sobre las ruinas de los aéreos castillos que en vuestras imaginaciones calenturientas os habíais forjado. No quiero ensañarme en las rabiosas contorsiones que habréis hecho, al ver marchitas las ilusiones floridas que habíais concebido de formar entre los concejales del pueblo; nó, tengo más caridad para con el prójimo de la que vosotros suponéis, y si me alegro de vuestro fracaso, es que le considero como un bien para el pueblo, y del bien siempre es lícito alegrarse. Por lo tanto no creáis que me retiro por el temor que en mi ánimo hayan infundido las terribles amenazas, que hicisteis; porque para mí es de mayor eficacia el cumplimiento del deber y la tranquilidad de conciencia que todos los males que me podíais hacer; ni tampoco creáis que me retiro porque se me haya agotado la materia, pues con lo dicho por Llana, Martínez, Alas y por el Sr. Rato (de quien no sabía yo se sintiera con *pujos* oratorios) tendríamos tela para rato: no nada de eso; deseaba tan sólo no vegetara en el Ayuntamiento la martifera planta republicana para que no inficionara a los católicos que forman la corporación municipal, y, conseguido mi intento, me retiro ahito de triunfos dándoles la más cordial despedida y ofreciéndoles mis humildes servicios para lo que gustéis.

Pero diréis: ¿Y no tenemos derecho a ser concejales? Nadie os lo niega. No os he combatido como republicanos, esto es, como partidarios de una forma política de gobierno; porque nosotros no tenemos más política que la católica y ésta dice que puede ser católico el republicano como el monárquico y éste como el carlista, pero como hoy en España republicano es si-

nónimo de antiatómico, sectario, etc., os he combatido bajo este último aspecto, desde este punto de vista. Y por eso y en previsión de todo lo que pudiera acontecer he agotado hasta el último cartucho, de lo que no me arrepiento, pues veo pagados con vuestra ruina y caída mis desvelos y trabajos.

Acerca del autor de estos escritos digo, bajo palabra de honor, que están equivocados miserablemente los que culpan a personas respetables cuyos nombres no quiero citar. Nada de ilícito tendría el que tales personas fueran autores de la serie de artículos «Por Noreña» publicados en EL ZURRIAGO, porque nada más útil a la moralidad de los pueblos, que amordazar la fiera anticatólica que ruge en el republicanismo contemporáneo, pero del cargo y dignidad de esos señores, es completamente ajeno descender a ciertos detalles, *por menores y circunstancias*, que ellos no pueden conocer, y que nosotros conocemos al dedillo, como habéis podido ver.

Esto prueba que quien esto dice vive entre vosotros; y me determino a aseguraros que no anduvo muy descafeinado el que en cierta reunión dijo que uno del Comité le infundía sospechas. A buenas entendederas, como las vuestras, pocas palabras bastan.

Por último, no quiero terminar sin advertiros que mi retirada durará cuanto dure el buen comportamiento de los republicanos. El día, que hagáis ó digáis algo censurable, de nuevo me tendréis en la arena. Cuidado pues y no *despotricar*, porque si no, es lleva el *coo* ó sea EL ZURRIAGO.

Abur.

RAIMONDINI

Noreña Noviembre de 1903.

DE GIJÓN

Pasaron las elecciones de Concejales que fueron bastante reñidas en esta localidad. *La Liga Católica* esgrimió por primera vez sus armas en esta clase de lucha, y a pesar de haberse presentado a última hora y cuando los demás candidatos contrarios tenían muy trabajado el campo electoral, de cuatro que presentó, sacó triunfantes dos, si bien uno de ellos no fué proclamado por efecto de uno de esos ardidés electorales que se califican de pucherazos, tramado por Republicanos y Monárquicos con escándalo de todas las personas sensatas, que censuran el hecho como se merece. Los tribunales entienden en el asunto, por haber desaparecido la protesta que el interventor de *La Liga* produjo y había quedado unida al acta.

Los republicanos obtuvieron nueve puestos ilegalmente, porque puede asegurarse que el setenta por ciento de los votos obtenidos por los candidatos que presentaron,

son de contrabando, ó sea de matute, para lo cual se pintan solos, por la cara dura que tienen para votar por presentes, ausentes y muertos.

Algunos socialistas ayudaron a los Republicanos, otros votaron en blanco y los más se abstuvieron. No hay cohesión entre ellos y andan desconcertados.

De los nueve concejales republicanos seis son burgueses, con los cuales no hay que contar para esas algaradas molinescas que esta clase de políticos suele producir, como se ha visto por los recientes sucesos de Bilbao, Valencia y Santander, algaradas que son afrenta de nuestra querida patria.

15 Noviembre 1903

El Coresponsal

UN ENFADO DE S. PEDRO

Acababa de dar la última boqueada el señor Barón del Arn, cuando se puso a llamar con calma y dignidad a la portería del Paraíso.

Conociendo S. Pedro en la manera de llamar que pedía entrada una persona educada y distinguida, abrió de par en par el zaguán, saludando afectuosamente al noble barón é invitándole a sentarse en los bancos de roble del aposento.

—Supongo que traerá usted los papeles en regla, observó el venerable portero; y entonces el Barón de Arn, metióse la mano en lo más hondo de su casaca y sacó unos documentos que entregó a S. Pedro, diciéndole:

—Me parece que están corrientes.

El pescador de Galilea se puso los anteojos, y viendo que el documento consistía en un certificado autorizado por el párroco del Barón, hizo un gesto de alegría.

Decía así el interesante papel:

«Hombre justo, y en todo sometido a los preceptos de la Iglesia, caritativo, observador de los Mandamientos de la ley de Dios, hombre sabio, que aconsejaba a los pobres de balde y les daba dinero encima para pagar sus deudas; hombre de humildad ejemplar que gastaba cuanto le producían sus rentas en proteger empresas benéficas, como hospitales, conventos y toda suerte de fundaciones religiosas; varón sincero, a quien no pudo engañar el demonio, ni el mundo, ni la carne; hombre, en fin, cuya vida sobre la tierra fué una continua peregrinación en favor de los desamparados.»

—Muy buenas recomendaciones trae usted, señor barón—dijo el venerable portero, quedándose en pie y con el papel en la mano,—pero tengo que hacerle algunas preguntas. ¿Hay muchos habitantes en su pueblo de usted?

—Unas veinte mil almas.

—Y todas estas personas deben seguir la moda del día; bailar, renegar, blasfemar, emborracharse, dar escándalos, atropellarse pobres y ricos y cometer grandes injusticias, ¿no es verdad?

—Sí, señor; desgraciadamente es verdad.

—Y los alcaldes, regidores, empleados, encargados de administrar justicia, diputados y toda suerte de burócratas que mangonean la cosa pública, ¿quién son y qué hacen?

—Casi todos son impíos, farsantes, hipócritas, lo más perdido que usted pueda imaginarse; como que viven del sudor del pueblo a quien pervienten.

—¿Y qué hacéis y cómo os portáis, los hombres honrados, los que queréis la paz y la prosperidad de los pueblos cuando se presentan elecciones de cualquier clase?

—La gente honrada—dijo el barón algo confuso—no va a las elecciones, porque como sabe que todas ellas son una farsa sin nombre y la más asquerosa ladronería, prefiere quedarse en casa y no mezclarse con los malvados.

S. Pedro, poniéndose un poco serio y mirando al barón por encima de los anteojos de hito, en hito continuó:

—Y esa avalancha de corrupción ¿es muy grande? Quiero decir si son muchos los malvados y forman mayoría?

—Mayoría... cá... no señor, en realidad son pocos pero como gritan tanto y todo lo escandalizan; como trabajan y corren de aquí para allá, hacen mucho ruido, y parece que son muchos. Fuera de eso, causan miedo con sus continuas amenazas; por eso la gente de orden se queda en casa cuidando de su hacienda y no quiere mezclarse con la morralla.

—¿Y usted, noble barón, no pudo ser alguna vez alcalde ó diputado, ó influir para que hubiese buenos jueces?

—Sí señor: lo primero era muy fácil; pero siempre huí de esas trifurcas, por horror á la política, que parece que todo lo tizna y ensucia.

—Pero usted podría poner poco ó mucho remedio á este desorden del demonio?

—Mire usted... yo solo, poca cosa hubiera logrado, y además exigía un sacrificio superior á mis fuerzas; y de seguro no hubiera sacado gran provecho.

—¿Y á votar al candidato católico y patriota fué V. siquiera?

—Alguna vez fuí; pero como siempre pierde la gente de bien, aun siendo mayoría, es insostenible el espectáculo. Los desvergonzados rompían urnas, apaleaban á los contrarios, insultaban á sus enemigos, hacían votar á los muertos del cementerio, y aunque pocos, resultaban siempre en mayoría.

S. Pedro, dando muestras de impaciencia y cambiando el tono, hasta entonces suave, por otro violento y excitado, cambió también de preguntas.

—Y usted, distinguido barón, ¿qué vida llevaba?

—La vida... una vida correspondiente á mi condición... es decir... lo que se dice una buena vida.

—¿Y digería usted bien?

El noble barón, completamente desconcertado, extrañaba muchísimo tales preguntas, y entre confundido y avergonzado, contestó que sí, que digería perfectamente.

—¿Y tuvo usted miedo del cólera?—continuó San Pedro, cada vez con la cara más seria y el tono más severo.

El Barón de Arn no sabía qué responder ni esperaba una tanda de preguntas tan extrañas é impensadas; pero como jamás había dicho una mentira, contestó:

—No, señor... es decir... si alguna vez se presentaba el cólera en mi pueblo, yo salía con mi familia á mis propiedades de Cerdeña, como era natural: pero dando antes órdenes á mis mayordomos que distribuyesen las limosnas correspondientes, socorriendo las necesidades públicas tanto como permitían mis rentas.

Con la mano sobre la barba y la cabeza baja, iba dando vueltas S. Pedro por la portería haciendo repicar las sandalias sobre los ladrillos y dando muestras de gran excitación nerviosa. Por fin se volvió de repente al Barón de Arn y le dijo:—Por confesión propia, resulta; que usted comía muy bien, que digería admirablemente, y que, dando á los pobres cuanto alcanzaban sus rentas, huía de disgustos y quebraderos de cabeza. Es decir que habiéndole colocado Dios Nuestro Señor en una posición envidiable para hacer mucho bien al linaje humano, se contentó usted con subir de la cama al cielo; sin lucha, sin martirio, sin sacrificio. En cuanto á socorrer á los pobres y dotar fundaciones y remediar conventos necesitados, obró usted muy bien, porque precisamente la renta era de ellos y no de usted, y lo prueba el que hace pocos minutos se ha visto usted forzado á abandonarla; puede usted decir, por tanto, que ha sido buen administrador del patrimonio, que fué hombre de bien, á carta cabal... á la vista del mundo. Imagínese usted por estas muestras cuánto bien hubiera usted hecho en el Municipio si hubiera usted administrado las cosas públicas. Es usted responsable como todos los hombres de bien de su pueblo, de la ruina y prostración en que se encuentra: veían ustedes el cambio de los tiempos, el nuevo camino que tomaban los errores, y no supieron remediar el daño en su misma casa; dejaron á un lado sin leerlas las magníficas pastorales de los Prelados sobre elecciones; debían haber combatido con las mismas armas del enemigo y dejando á un lado la rutina y la preocupación, pelear en la vida pública, meterse en el barrizal, saliendo limpios; usando de todos los medios lícitos; luchando contra el mal en el escabroso terreno en que está planteada la lucha, no cediendo ni un palmo de terreno á los enemigos del orden social, empleando en esa empresa toda su actividad, todas las fuerzas y si era preciso la misma vida, porque no se debe dormir cuando el demonio vela de continuo. Si V. y todos esos que se llaman hombres de bien hubiesen obrado así, mucha gente de su pueblo vendría á llamar á estas puertas; pero así resulta que hace muchos años que viene apenas ninguno, porque el diablo los reconoce por suyos en cuanto dan las boqueadas. ¿Qué han hecho ustedes para detener el oleaje de corrupción y podredumbre, cuyo hedor llega hasta las nubes? Han faltado á los deberes de ciudadanos honrados; han desertado de la eterna lucha contra el mal que cada día toma diferente aspecto, pero siempre es difícil; han rehusado el calvario por miedo á la crucifixión; no se atrevieron á llevar la cruz por carga pesada. Si no fuera por el certificado del Sr. Rector, yo diría que no puede usted entrar en el Reino de la vida, pero tampoco puedo asegurarle que será de los elegidos; tengo que consultar con Nuestro Señor este caso, que por cierto no es el primero.

S. Pedro, con los papeles en la mano, abrió la segunda puerta y se metió en el cielo, dejando al barón de Arn, rendido de fatiga y estremeciéndose, lleno de remordimientos por el recuerdo de tantas personas que se perdieron por su culpa, y esperando con gran temor la sentencia que había de dictar el juez inapelable, del Supremo Tribunal.

Al cabo de poco tiempo salió el venerable ortero diciendo al barón que estaba conde-

nado á permanecer en el Purgatorio hasta el día del juicio final. El sentencionado se levantó, se despidió humildemente, acatando el fallo de Dios, y entrando por otro corredor se encaminó hacia el Purgatorio.

S. Pedro, muy enfadado, echó los papeles del barón sobre la mesa, murmurando con amargura: Siempre lo mismo... católico de pega... gente de misa y boca... de conveniencia, á quien preocupa más la digestión que el bien del prójimo.

José BERGA.

“LOS INCANSABLES”

ó sea

las estupendas expediciones de los idem en busca del novísimo *Trifunus, melancólicus*, vulgo, *republicanus*.

POEMA

por todo lo épico y un poco más, en una barbaridad de cantos.

INVOCACIÓN

Hoy que en las alas de sublime canto al inmortal seguro con rauda inspiración y pronto vuelo, altivo, me levanto, hoy que entraré cual Pedro por su casa, por los oasis fértiles del cielo, por el alcázar esplendente y puro en que Apolo vegeta, hoy que no acierto qué es lo que me pasa, porque en el hondo caos de mi mente oigo una voz dulcísima, repleta de ritmo y de armonía, oigo una voz igual á la de Otero, oigo una voz sin par grandilocuente, como la que dió Sela cuando le dijo Mino el otro día que iba á marchar á Rusia de torero si no le daba el cargo de una escuela, hoy que esa voz me dice que revienta á todo aquel que tope por delante, hoy no te invoco á ti, Musa adorada, Musa despampanante, porque no estás aún en condiciones de sostener, impávida, tal peso, porque aun no estás del todo reformada, porque según me dice Pumarada, en unos quince ó diez y seis renglones que me envié anteaer desde *El Congreso*, escritos con el vino que suele dar á Pánfilo y á Mino cuando van á su tienda, para curar del atracón de risa que con oír á Llana te has llevado, en los etmoides fáltate una venda, en la nariz un parche muy poroso, como los muchos que Zuloaga guisa, y la Emulsión de Scott y alguna cuota, marca *Vigil famoso*, en el innominado y en una tibia que conservas rota.

Hoy no te invoco á ti: hoy me levanto hasta pasar los cuernos de la luna, hasta coger á la polar estrella; hoy, en mi desvarío, no quiero baja inspiración ninguna; hoy robustez exijo fuerte y bella, y hoy invoco á la Clio. Yo soy aquel que en tiempos anteriores al débil són del pito rechinante honré barberos y canté aguadores; yo soy aquel chiquillo que al triste són del tenue caramillo, desparramé las perlas y las flores: yo el zurriaguista soy despampanante. Yo soy aquel, yo soy quien al presente con un violón que toca que da gusto, quiero cantar al Albornoz y á Otero; y porque al fin mi canto dignamente pueda darte un susto, hoy tus auxilios y tu gracia quiero. Mirame aquí del todo entusiasmado, mi fantasía arrebatada vuela, mi sentimiento grita alborozado, mi corazón en su deliquio late, y ya pareczo un Sela dispuesto á hacer, como él, un disparate.

No puedo contenerme; la chispa bulle en mi razón, divina, y ella mi sér domina y ella le rige, como á cuerpo inerme. Mi sangre se alborota, brillan mis ojos, rayos despidiendo, y todo yo pareczo prorrumpiendo: —¡venga una cuota acá! ¡venga una cuota! Oh tú, sublime Clio, deja el Helió, descende compasiva y rige tú mis impetus, potente: haz que al influjo de tu voz altiva se contenga este río que de furor emana de mi mente. Baja, baja al momento, regula tú mi inspiración de vate, inspira tú mi acento, y tomarás conmigo el chocolate.

Ya oyó mi voz ¡ya viene! ¡ya me llama! ¿Habrás visto tal? ¿habrás visto? ¡ya mi sangre se inflama de alborozo y de pisto! ¡Pues no faltaba más! ¡hombre! ¡adelante! ¿Ha visto usted qué cosa? ¡Ni en automóvil llega más de prisa! ¡si no tardó siquiera ni un instante! ¡y vaya si es hermosa! ¡deja chiquito á Sela! ¡y debe de tener un talentazo mayor que el de su abuela! ¿Empiezo ya á escribir? ¡las líneas trazo? ...¿Qué me llamó? ¡Jesús! ¡que atrevimientos! ¿también usted acaso es modernista? ...¡Bien! palabras al viento, y basta ya de espera...

¡Y tiene usted razón! ¡pícaro vista! ¡¡Válame Dios!... ¡¡Jesús!... ¡¡la lavandera!!!

El Despampanante

Zurriagazos

Vigil es tremendo. A quien él pone la proa lo anonada. Ahora se la ha puesto... ¿A quién dirán ustedes? Pues á Pio X. Al «pobre Pio X», como dice Vigil. ¡Pobres de nosotros! Ante la acción destructora de ese molusco perforante, al golpe de ese ariete irresistible vendrá abajo muy pronto, acaso para la semana próxima, la roca inmovible de Pedro. Dios nos tenga de su mano.

No nos queda más esperanza que una. Que Zapapico convenza á Vigil de que «el Cristo» fué socialista. Que quien es Calleja, digo, quien es Zapapico? Pues, Zapapico es un genio que se propone demostrar en las columnas de *La Aurora* que «el Cristo» no fué socialista y que no sabla una jota de economía política.

(Observen ustedes la novedad de escribir «el Cristo.» Halgo hes halgo.) Con que Vigil entienda lo argumentación de Zapapico, como entiende todas las cosas, sacaré en limpio que «el Cristo» fué discípulo de Pablo Iglesias ó de Martín Sáenz. Y entonces es seguro que el Vicario de Jesucristo tiene á Vigil incondicionalmente de su parte.

El Noroeste se dedica á cantar las excelencias del sufragio universal. El cual, según el diario gijonés, es la gran cosa; el único remedio, e doctor Garrido de las enfermedades sociales. Sólo que la gran conquista democrática no puede hacer milagros por culpa de los neos, de los reaccionarios. ¡Pícaros neos, que todo lo echan á perder!

Incluso el sufragio universal. ¿Que se encuentra usted á la puerta de un colegio veinte á treinta agentes electorales armados de garrote? Pues son neos. ¿Que se presentan á votar cuarenta ó cincuenta difuntos? Pues neos infaliblemente. ¿Que un elector que está en Tarifa vota, por ejemplo, en Gijón? Pues neo. De seguro. Que unos cuantos electores y elegidos triunfantes celebran la victoria á estacazos y á pedradas y á tiros sobre los derrotados.

Pues neos. No cabe duda. En una palabra todos los chanchuleros, mercachifles y matones que aparecen en tiempo de jaleo electoral son unos neos redomados, ¡Pruebas al canto? ¿Para qué? si lo sabe todo el mundo. Léanse, sin embargo, las siguientes líneas que corto de un periódico. «¡Leña...! ¡Bueno, hombre, bueno! «Precisamente por ese barrio hay quien tiene siempre ganas de jaleo. Y si se empuña el diario de los neos, no faltará

quien le de gusto.» «El odio africano de *La Liga* para con los republicanos sigue en crescendo. Es una monomanía de la cual esperamos que se curen pronto esos carlistas. Contamos con buenos doctores y un específico que cura toda especie de hidrofobia con prontitud y esmero. Es un sencillo jarabe que damos á tomar á palo seco... ¡y tente tieso!» Y ¡viva la libertad! republicana; pero cuidado con las costillas. ¿Tiene el lector curiosidad por saber de quién son los renglones copiados? ¿De quién han de ser, hombre! De un periódico neo, claro está. Del reaccionarísimo semanario «*La Región Asturiana*» «Órgano del partido republicano federal de Gijón.»

Los periódicos republicanos y socialistas se escandalizan de que los católicos y los monárquicos en general hayan buscado votos para las elecciones últimas. ¡Cosa más rara! Pero ¿no hemos quedado en que votos son triunfos! Pues entonces? ¿O es que los católicos se dedicaron á levantar muertos, como los repbianos? O ¿es que animaron á sus huestes con proclamas como las de *La región*? O es que iban republicanos y socialistas, hasta ahora á gusto en el machito? Vaya usted á saber.

Pobres republicanos de Boall! Los infelices después del triunfo obtenidos en las pasadas elecciones están atacados de una murria soberana. Relina estuvo, según dicen, tres días sin salir de casa. Al desdichado el olor solo de la victoria le trastornó el cerebro de la cabeza. Figúrense ustedes cómo estaría aquel casco que no conocía al Cura de la parroquia cuando se presentó á votar. Mal, muy mal anda esa cholla, Relina. Temo que haya que intervenirla. Pero aquello de *similia similibus...* La intervención fué la causa del mal pues con intervención se curará. Y para el caso propongo á un correligionario. Al Doctor Ezquerdo.

FOTOGRAFÍA FRANCO-ESPAÑOLA

E. GOMEZ.

TALLERES: Glorieta de Bilbao, 5, MADRID Plazuela de los Molinos, 6, LUARLA

De paso por esta población, sólo por unos días, en vista del gran éxito obtenido en el poco tiempo de residencia en esta comarca no ha dudado establecer en esta villa de Pravia, una ambulancia con todos los adelantos conocidos hasta el día y proporcionar cuantas comodidades el público requiera. Además de los innumerables trabajos se hacen esmaltes en colores, platinos fotografías iluminadas á la acuarela ó al óleo. Ampliaciones al platino, al óleo y al clarión. Reproducciones por deterioradas que estén. Todo hecho con la perfección debida y reconocida por el público luarqués y el público de Pravia que lo observará al hacer los encargos. Precios sumamente baratos.

Ampliaciones de todas clases y tamaños desde 15 pesetas en adelante. Horas de retratarse: de 8 mañana á 5 tarde. No importa que esté nublado. Se retrata á domicilio sin alteración de precios. HOTEL VICTORIA PRAVIA. Pravia.—Imprenta del Colegio